



Jean-Jacques Rousseau y Ferdinand de Saussure: por una teoría de la escritura comparada⁶⁶

Jesús Camarero

Universidad del País Vasco-EHU

L'art d'écrire ne tient point à celui de parler.

J.-J. Rousseau

Durante siglos y siglos la escritura fue privilegiada como sistema de representación y de expresión minoritario y elitista. La escritura era ya también, en aquel entonces, el vehículo de la literatura y, además, esta atesoraba una tradición multiseccular cuyo modelo era inamovible, es decir, «una fuente de normas de perfección lingüística» (Crystal, 1987: 178). La escritura era, como luego reconocería también Saussure, una representación fijada y permanente de la lengua y un modo de reutilizar sin límites los logros de la expresión estética

————— 176 —————

acumulada desde sus inicios por la literatura. Al mismo tiempo la lengua hablada era ignorada sistemáticamente como un valor, hasta el punto de que toda relación con el arte literario pasaba por la consideración de las «bellas letras» -retórica, estilística, etc.- y nunca por el cultivo de la lengua hablada, pues era la lengua escrita, con su fijación material a un soporte permanente, la que constituía la referencia de toda elaboración estética o artística.

Sin embargo, a la escritura no se le reconocía otro estatuto que el de representar la lengua y el de vehicular la literatura, no se pensaba en otras funciones que la escritura venía realizando desde su invención 5.000 años⁶⁷. De este modo, si la lengua mereció la atención de los gramáticos en edad muy temprana y a ella se dedicaron multitud de estudios; la escritura, salvo honrosas excepciones como las de Platón⁶⁸ (370 a.n.e.) y de Rousseau (1781), fue ignorada o relegada a un segundo plano durante siglos y siglos por una tradición prefonocentrista que, además, nunca se ocupó de la escritura en sus aspectos más profundos (a saber: ante todo el gramatológico, y también el semiótico, el gráfico, el icónico, el espacial y el heurístico⁶⁹).

Este estado de cosas se mantiene inalterable hasta principios del siglo XX, momento en el que sufre una transformación revolucionaria con la inauguración de la lingüística moderna por obra de Ferdinand de Saussure, que da paso al proceso fonocentrista en el que sólo la lengua tiene importancia.

Sin embargo Saussure dedicó una notable atención a la escritura en su *Cours de linguistique générale* (1907), concretamente en el capítulo VI de su obra, titulado «Representación de la lengua por la escritura» (1972: 44-54), título que, como se verá después, proporciona por sí mismo la base de nuestro argumento para criticar la noción de escritura expuesta por el lingüista suizo. De hecho, la atención a la escritura no viene dada en Saussure por una motivación positiva de defender la escritura, sino con una intención localizada de reducir su importancia frente a la lengua que, para él, constituía el auténtico y único objeto de interés del lingüista. Quedaba así expulsada la escritura del territorio de la lingüística moderna, y no precisamente por no constituir un objeto interesante, sino por el hecho de ser, en opinión de Saussure, una mera representación de la lengua con una función subalterna.

Ya en la segunda mitad del siglo XX las teorías sobre la nueva ciencia gramatológica, suponen una revolución en el pensamiento lingüístico-filosófico contemporáneo y el inicio de un cúmulo de estudios casi siempre orientados a una concepción de la escritura como sistema, más o menos autónomo, de representación, expresión y comunicación. Por tanto resulta de todo punto interesante analizar cómo Jean-Jacques Rousseau se anticipó no sólo a la creación de la lingüística moderna saussuriana, sino también a la revolución llevada a cabo por toda una comunidad de gramatólogos relacionados además con campos muy diversos: filosofía, literatura, antropología, sociología, lingüística, poética, semiótica, etc.

La teoría de Rousseau sobre la escritura tiene, por un lado, una genealogía⁷⁰ compleja y, por otro lado, no son muy conocidas las posibles relaciones que sus teorías hayan podido tener con el pensamiento lingüístico y gramatológico posterior. Por ahora y en lo que a este trabajo respecta, y dado que se trata de fijar los términos de una cierta teoría gramatológica rousseauiana en sus relaciones comparatistas con la teoría de Saussure, analizaremos la «confrontación sintética» que las teorías de ambos pensadores ofrece al lector interesado en una cierta *teoría de la escritura comparada*, cuyo primer estadio -no en el tiempo, sino en el proceso de

constitución de la teoría lingüística moderna- es el interesante juego de ideas surgido de un análisis comparado de la teoría de la escritura de Rousseau y Saussure.

Al exponer la teoría de la escritura de Rousseau de este modo, es decir, observando las distintas posiciones que obtiene al confrontarla con otras teorías a lo largo de una diacronía conceptual y teórica -en la que esta fase Rousseau/Saussure sería una etapa o parte de un proceso mucho más largo y extenso que tendría al menos dos fases más: el precedente genealógico en los siglos XVII y XVIII y la anticipación a las tesis gramatológicas del siglo XX, tanto en su etapa fundacional como en sus desarrollos posteriores-, se puede extraer una visión bastante clara y suficientemente profunda del alcance de las tesis rousseauianas sobre la escritura. Pero, al mismo tiempo, no se nos escapa el valor que adquiere también el ejercicio metodológico de una cierta *intertextualidad teórica* que se va construyendo en el análisis comparado de las ideas de Rousseau y de otros pensadores y lingüistas. Todo ello nos ha permitido tejer una urdimbre de conceptos acerca de la teoría de la escritura y, de paso, nos ha procurado un primer nivel de aproximación a lo que sería una Teoría de la Escritura Comparada.

La hipótesis que me propongo desarrollar aquí, en concreto, es que Jean-Jacques Rousseau realizó una importante aportación a la ciencia gramatológica con su teoría sobre la escritura, incluida en el opúsculo (1964b: 1248-1252) titulado *Prononciation* (1761) y sobre todo en el capítulo V (1995: 384-388) de su obra *Essai sur l'origine des langues* (1781), casi dos siglos antes de la consolidación de la gramatología con Jacques Derrida (1967), y refutando de paso y por anticipación al propio Ferdinand de Saussure. La importancia de este planteamiento radica en que «una reflexión sobre los planteamientos filosóficos en torno al lenguaje, tiene que concretar su perspectiva hacia aquella peculiar solidificación del lenguaje que es la escritura» (Lledó, 1985: 420), de modo que un estudio específico sobre las implicaciones de una teoría de la escritura -como disección de una parte del total del problema- viene a decir mucho sobre la otra realidad representada que llamamos lengua. Con lo cual no se trata solamente de realizar una genealogía de la ciencia gramatológica a partir de la teoría lingüística de Rousseau, sino también de prospectar/proyectar el pensamiento del filósofo ginebrino en el contexto de la teoría actual de la escritura, donde la escritura ha adquirido ya un lugar preponderante como elemento que define -al menos en parte- el proceso de una fenomenología y ontología hermenéuticas⁷¹.

La importancia del *Essai sur l'origine des langues*, como aportación gramatológica, tiene su origen precisamente en que constituye, según Starobinski (1971: 356), un proyecto complementario e inverso al del *Discours sur l'inégalité* (1750), es decir, la introducción de «una historia de la sociedad en el interior de una historia del lenguaje». Y es en este punto donde el componente histórico relativo a la evolución de la civilización humana se convierte en algo fundamental, y que permite además la articulación de una teoría gramatológica en cuanto que genealogía de la escritura y teoría del sistema de representación de la lengua.

Esta incisión histórica, y también sociológica, encaja perfectamente con el núcleo argumental de los estudios sobre la escritura de nuestra contemporaneidad y dota a la teoría general del lenguaje de un soporte teórico de dimensiones espectaculares, vista la relativa eficacia de la teoría lingüística de tradición fonocentrista del siglo XX para explicar la función de la escritura en el sistema lingüístico de comunicación. Con lo cual Rousseau se anticipa también en el método y no sólo en el concepto. Al introducir el elemento histórico y localizar el fenómeno en el ámbito de la sociedad, todo ello previamente a la

construcción del lenguaje, Rousseau estaba ya induciendo en el siglo XVIII la metodología que seguirá Saussure. Vistas así las cosas, el capítulo que Saussure dedica a la escritura en su *Cours de linguistique générale* queda relativizado de modo importante, pues cuando se inicia la tradición fonocentrista, allá por 1907, los árboles de la lengua no dejan ver el bosque de otros problemas, no menos importantes, como son la escritura y la comunicación.

Para Saussure lo más importante -o lo único importante- es la lengua, el objeto de estudio de la lingüística es la lengua, para él no hay lingüística que no se refiera a otra cosa que a la lengua. Sin embargo, su primera contradicción empieza aquí mismo, cuando reconoce de modo exultante que «sólo conocemos generalmente [las lenguas] por medio de la escritura» (Saussure, 1972: 44)⁷². La evidencia no puede ser ocultada a pesar del interés unívoco por la lengua: ciertamente nada nos queda ya de las lenguas primitivas, como no sea su representación⁷³ por las escrituras que todavía hoy podemos ver-leer gracias a las investigaciones arqueológicas, antropológicas y filológicas. Por su parte, ya en el opúsculo *Prononciation*, Rousseau se anticipa al método de Saussure, al señalar que «el análisis del pensamiento se hace por la palabra, y el análisis de la palabra por la escritura» (Rousseau, 1964b: 1249), de modo que la permanencia y durabilidad de lo escrito permite precisamente el análisis no sólo de la propia escritura sino de todo aquello que ella pudiera vehicular a lo largo de la historia. Aunque hay también un cierto acuerdo con Saussure cuando reconoce en la escritura cierta subsidiariedad respecto de la palabra hablada: «las lenguas están hechas para ser habladas, la escritura sólo sirve de suplemento a la palabra; y si hay ciertas lenguas que sólo se escriben y que no se pueden hablar, propias sólomente de las ciencias, no son de ninguna utilidad en la vida civil» (1964b: 1249); idea que se repite más adelante, cuando señala: «la escritura sólo es la representación de la palabra, resulta extraño que se esté más atento a determinar la imagen que el objeto» (1964b: 1252). Pero la línea argumental de Rousseau no se rompe, a pesar de algunas concesiones, y su diagnóstico de la sociedad moderna determina también el concepto de la escritura en su relación conflictiva con la lengua:

Resulta llamativo que cuanto más se cultivan las letras, cuanto más se multiplican las artes, cuanto más se estrechan los lazos de la general sociedad, la lengua se perfecciona tanto por la escritura y tan poco por la palabra. ¿Por qué los hombres,

cuando se acercan unos a otros, ponen tanto cuidado en hablar bien, en el arte de hablar a distancia, y tan poco en el arte de hablar de viva voz? Y es porque el discurso pronunciado se ahoga en medio de tantos habladores y porque la celebridad sólo se adquiere por los libros.

(1964b: 1251)

No hay remedio entonces a los males de los libros, que otorgan la fama y el reconocimiento por la escritura precisamente, y queda así relegada la palabra hablada, tan necesaria según Rousseau para expresar las pasiones, en una sociedad imperfecta que Rousseau juzga no deseable frente a los demás ilustrados. El contrapunto más radical vendrá en el *Essai sur l'origine des langues*, donde la evaluación de la escritura no es nunca paradójica, pues

cuando se trata de conmover el corazón y de enardecer las pasiones, es otro asunto. [...] al ver a la persona afligida difícilmente os conmoveréis hasta el punto de llorar; pero dadle el tiempo de deciros todo lo que siente, y enseguida os desharéis en lágrimas. [...] Concluyamos que los signos visibles hacen la imitación más exacta, pero que el interés es mejor excitado por los sonidos.

(1995: 377-378)

De forma antitética, Rousseau inicia ahora la defensa de la lengua hablada a partir del determinismo que, según él, ejercen las pasiones sobre todo acto del sujeto. La escritura surgiría entonces de una encrucijada en la que «a medida que las necesidades aumentan, que los asuntos se embrollan, que las luces se extienden, el lenguaje cambia de carácter; se hace más justo y menos apasionado; sustituye los sentimientos por las ideas, ya no habla al corazón sino a la razón» (1995: 384). Es entonces el paso del estadio «lingüístico» al estadio «escritural» (de dimensión gramatológica), que se caracterizaría por el aumento de las necesidades materiales, la complejización de los negocios y la difusión del conocimiento; de modo que el lenguaje va dejando de ser apasionado y se hace más justo, es decir, pasa de los sentimientos a la razón, lo cual en Rousseau es ir contra corriente.

Esta paradoja -tan sistemáticamente ocultada- que consiste en reconocer los méritos del sistema escritural *malgré tout*, es decir, a pesar de la prevalencia de la lengua en el momento fundacional de la lingüística, se hace constante en el capítulo VI del *Cours de linguistique générale* y continúa cuando Saussure compara las funciones de la lengua y

de la escritura y señala: «lengua y escritura son dos sistemas de signos distintos; la única razón de ser del segundo es representar al primero [...] pero la palabra escrita se mezcla tan íntimamente con la palabra hablada, de la cual es imagen, que acaba usurpando la función principal» (1972: 45). El problema, claro, no es la diferencia de los sistemas de representación y/o significación, sino el protagonismo

adquirido por la escritura y que tanto molesta a Saussure. Más allá de esta misma argumentación irá Rousseau en su *Essai sur l'origine des langues*, cuando señala:

Lo que los antiguos decían más vivamente, no lo expresaban con palabras, sino con signos; no lo decían, lo mostraban. Abrid la historia antigua y la encontraréis llena de estas maneras de argumentar para los ojos, y nunca dejan de producir un efecto más seguro que todos los discursos que hubieran podido estar en su lugar. El objeto ofrecido antes de hablar impulsa la imaginación, excita la curiosidad, mantiene al espíritu en suspenso y a la espera de lo que se va a decir. [...] el lenguaje más enérgico es aquél en el que el signo lo ha dicho todo antes de que se hable.

(1995: 376)

Por tanto Rousseau no sólo insiste en la idea de que lo visual deja una impronta mucho más rápida y permanente que lo verbal, porque el mensaje verbal debe pasar por una «doble descodificación» y, en consecuencia, no sólo aparece así la posibilidad de una diferencia en el significar que se podría enunciar como decir/mostrar; lo que más llama la atención de esta exposición es la teoría del signo que enuncia Rousseau. El signo sería un concepto más extenso, puesto que puede decirlo todo, incluso antes de hablar, y de forma más contundente incluso; por ello, implícitamente, se puede deducir que la escritura adquiere una cierta superioridad, ya que es signo y es visual a la vez. Pero, además, la escritura, para Rousseau, tiene una dimensión que va incluso más allá de su función-valor en el nivel sígnico, porque

El arte de escribir nada tiene que ver con el de hablar. Tiene que ver con necesidades de otra naturaleza que nacen más pronto o más tarde según las circunstancias completamente independientes de la duración de los pueblos, y que podrían no haber tenido lugar jamás en las naciones más antiguas.

(1995: 386)

Aquí es donde la intuición gramatológica de Rousseau apunta a las teorías actuales de la teoría de la escritura. En efecto, la escritura surge en un momento distinto (y posterior) al de la lengua, y por razones bien diferentes que, por lo general, se alejan de la función de la comunicación en sentido estricto. Además, la escritura supone una incisión histórica de gran calibre, puesto que a partir de ella se puede re-construir el devenir de la civilización humana. Pero Rousseau no se conforma sólo con esbozar nuevas ideas, sino que es capaz de descender al análisis concreto de la dicotomía conflictiva lengua/escritura, cuando señala: «los dialectos que se distinguen por la palabra se aproximan y se confunden por la escritura» (1995: 389). En esta idea desarrolla ya el concepto de una escritura que es capaz de representar varias

lenguas mediante un único juego de caracteres, es decir, mientras que las lenguas son factores de dispersión o heterogeneidad, la escritura supone una concentración u homogeneización, además de la permanencia y durabilidad que por su carácter matérico tiene ya de por sí.

En cuanto a las razones del prestigio de la escritura, Saussure vuelve a la carga con sus contradicciones al argumentar que «la imagen gráfica de las palabras nos seduce como un objeto permanente y sólido, más adecuado que el sonido para constituir la unidad de la lengua a través del tiempo» (1972: 46); y esta idea vuelve a ser subrayada en la segunda razón, cuando dice que «en la mayoría de los individuos las impresiones visuales son más nítidas y más duraderas que las impresiones acústicas» (1972: 46). En la tercera razón, frente a la idea clara de que toda lengua es anterior a toda escritura, Saussure reconoce la hegemonía de la escritura literaria, con toda su tradición, los diccionarios, las gramáticas, la ortografía, de modo que según él «la relación natural ha sido invertida» (1972: 47) pues, como argumenta finalmente en la cuarta razón, «la escritura se arroga una importancia a la que no tiene derecho» (1972: 47), ya que en el debate de la lengua y de la ortografía, según la tradición, esta última decide⁷⁴. Esta misma idea será sintetizada por Rousseau en su opúsculo *Prononciation*, cuando dice: «Hace ya tiempo que sólo se habla al público por medio de los libros, y si todavía se le dice algo de viva voz que pueda interesarle es en el teatro» (1964b: 1250). Pero Rousseau siempre va más lejos por anticipado y en el *Essai sur l'origine des langues* manifiesta:

Esto me hace pensar en que si sólo hubiéramos tenido necesidades físicas, muy bien podríamos no haber hablado jamás, y entendernos perfectamente por el lenguaje del gesto. Habríamos podido fundar sociedades poco diferentes de las que hoy tenemos, o que habrían funcionado mejor de acuerdo con sus objetivos; habríamos podido instituir leyes, elegir jefes, inventar artes, establecer el comercio y, en una palabra, llevar a cabo casi tantas cosas como las que hacemos por medio de la palabra.

Es decir que se constata la insuficiencia del mundo físico para explicar la existencia humana y, entonces, aparece la subjetividad. Pero por un camino inhabitual se llega a una definición de la escritura en un plano plenamente gramatológico, al mismo tiempo que explica con otra visión bien distinta aquella «relación natural invertida» de la que hablará después Saussure. Sin decir explícitamente el término escritura, Rousseau describe un mundo alternativo

sin el lenguaje hablado de los humanos, en el que los grandes inventos de nuestra civilización (la sociedad, la legislación, la política, el arte, el comercio...) habrían sido igualmente posibles por medio de otro tipo de lenguaje (¿la escritura?). La escritura surge como contrapunto al mundo de las pasiones (de las que se deriva la lengua), tal es el argumento de uno de los textos rousseauianos más bellos:

En el principio no fue la razón sino el sentimiento. Algunos pretenden demostrar que los hombres inventaron la palabra para expresar sus necesidades; esta opinión me parece insostenible. El efecto natural de las primeras necesidades fue separar a los hombres, no unirlos. Lo cual era necesario para que la especie lograra extenderse y para que la tierra se poblara prontamente; ya que si no el género humano se hubiera acumulado en un rincón del mundo, y todo el resto habría quedado desierto. De esto sigue evidentemente que el origen de las lenguas no es debido en absoluto a las primeras necesidades de los hombres; sería absurdo que de la causa que los separa viniera el medio que los une. ¿Cuál es entonces el fundamento de este origen? Las necesidades morales, las pasiones. Todas las pasiones unen a los hombres que de otro modo se verían forzados a huir para sobrevivir. Lo que les arrancó la primera voz no fue ni el hambre ni la sed, sino el amor, el odio, la piedad, la cólera [*sic*].

(1995: 380)

Si la lengua se asocia a las pulsiones más básicas de lo humano, la escritura sería un regulador de la vida social y uno de los gérmenes de la civilización porque, una vez cristalizada la ruptura babélica, los hombres tienen la necesidad de normativizar sus actividades propias del estado de civilización que les corresponde tras un estadio primitivo-pasional.

Interesante y curiosa resulta por otra parte la argumentación saussuriana sobre los distintos sistemas de escritura. Para Saussure, de un lado estaría el sistema ideográfico, «en el que la palabra está representada por un signo único y extraño a los sonidos de que

se compone» (1972: 47), y lo llama «ideográfico» porque, al referirse a la totalidad de la palabra, indirectamente se refiere a la idea que expresa (el modelo sería la escritura china, primitiva, suponemos). De otro lado, estaría el sistema fonético, «cuyo objeto es reproducir la secuencia de los sonidos que se suceden en la palabra» (1972: 47), es decir, lo que hoy entendemos más comúnmente por escritura o lo que estamos acostumbrados a contemplar habitualmente en nuestras lenguas modernas. Por tanto, según Saussure, el sistema de signos que es la escritura puede representar el objeto directamente (sería, entonces, la escritura-dibujo china) o por medio de un sistema «secundario» de representación (en el que los signos nada tienen que ver con el objeto).

En la argumentación de Saussure el gramatólogo no encontrará ninguna explicación sobre la génesis ni sobre el funcionamiento de esos tipos de

escritura ni sobre la razón de su diferencia. Cosa que, casi dos siglos antes, sí hace Rousseau cuando, en el capítulo V del *Essai sur l'origine des langues*, dedica unos jugosos párrafos a su tipología de la escritura. De acuerdo con su planteamiento general sobre el lenguaje, Rousseau parte del estadio apasionado que la escritura comparte con la lengua, y según el cual «la primera manera de escribir no es pintar los sonidos sino los objetos mismos, bien directamente como hacían los mejicanos, bien por medio de figuras alegóricas como hicieron otrora los egipcios» (Rousseau, 1995: 384). Y a esta definición, ya de por sí interesante (puesto que introduce los conceptos diferenciados de pictograma y jeroglífico⁷⁵), añade una precisión gramatológica de alcance: «este estado corresponde al de la lengua apasionada y supone ya cierta sociedad y necesidades que las pasiones han provocado» (1995: 384), donde aparece la referencia al estado de desarrollo de la civilización, concepto fundamental para fijar la génesis y desarrollo de la escritura. A continuación añade:

La segunda manera es representar las palabras y las proposiciones por medio de caracteres convencionales, lo cual sólo puede hacerse cuando la lengua está totalmente formada y cuando un pueblo entero está unido por leyes comunes, puesto que aquí se halla una doble convención. Tal es la escritura de los chinos; se trata ciertamente de pintar los sonidos y hablar a los ojos.

(1995: 384)

Aquí aparecen los conceptos de signo convencional, de lengua totalmente formada, y de un pueblo plenamente constituido y dotado de leyes, es decir, un estadio ya relativamente avanzado de la civilización humana. Por tanto, a la convención de la sociedad (de tipo antropológico y también político) se añade la convención del lenguaje y del sistema de representación gráfico que es la escritura (que es de carácter semiótico). Y aún, en este nivel, Rousseau incluye todavía una mayor complejidad

cuando, *en passant*, sugiere la duplicidad de un código verbal y de un código visual, donde se podrían encuadrar los ideogramas y logogramas sobre todo. Y finalmente:

La tercera es descomponer la voz en una cierta cantidad de partes elementales, bien vocales, bien articuladas, con las que se puedan formar todas las palabras y todas las sílabas imaginables. Esta manera de escribir, que es la nuestra, debió ser imaginada por pueblos comerciantes que, al viajar por distintos países y teniendo que hablar diversas lenguas, se vieron forzados a inventar caracteres que pudieran ser comunes a todas ellas. Lo cual no es precisamente pintar la palabra, es analizarla.

(1995: 385)

————— 185 —————

Aquí encontramos ya la forma alfabética con dimensión fonográfica, pero Rousseau no se queda tan sólo en una definición simplista. Más allá del concepto mismo, arriesga una hipótesis según la cual se puede explicar el funcionamiento de las lenguas occidentales con una escritura única (la latina) y basa este hecho en el intercambio comercial. Ciertamente el comercio -o, si se prefiere, el intercambio- es la causa de la homogeneización que la escritura produce como sistema de representación y comunicación, pero este hecho no es tan moderno como la escritura latina, pues ya en las primeras escrituras sumerias las tablillas de barro con caracteres cuneiformes tenían una función en los procesos de intercambio. La clasificación de Rousseau, con ser más detallista y exhaustiva, tiene también el mérito de concretar el estadio de civilización que corresponde a cada tipo de escritura, aunque es sin duda discutible la tesis final de Rousseau (1995: 385) según la cual el primer tipo de escritura corresponde a los pueblos «salvajes», el segundo a los «bárbaros» y el tercero a los «civilizados», pues incluso podría entrar en colisión con su otra tesis (1995: 378) de que la civilización humana habría podido prescindir del lenguaje articulado para comunicarse y construir sus normas de funcionamiento. En craso error gramatológico considera Rousseau que el alfabeto es la forma superior de la escritura en cuanto que corresponde a los pueblos más avanzados. Hoy día, este argumento no es sostenible más que relativamente, pues otros tipos de representación sígnica pueden igualmente resultar de una gran funcionalidad incluso en nuestra sociedad actual.

Para terminar, el apartado dedicado por Saussure a las causas del desacuerdo entre la grafía y la pronunciación contiene -en nuestra modesta opinión- la clave de todo el embrollo saussuriano. Se trata de que «la lengua evoluciona sin cesar, mientras que la escritura tiende a permanecer inmóvil» (1972: 48). A partir de esta idea se comprenderá entonces el conflicto irresoluble de la lengua y de la escritura, porque siempre se producirá un momento en que se pierda la correspondencia (si es que la hubo alguna vez) entre los sonidos y las grafías. Del mismo modo, «cuando un pueblo toma prestado

de otro su alfabeto, a menudo ocurre que los recursos de ese sistema gráfico se adecúan mal a su nueva función» (1972: 49), con lo cual se producen todo tipo de desvíos y anomalías que harán necesario, por ejemplo, el recurso a la etimología. Por su parte, Rousseau, en su opúsculo *Prononciation*, señala ya la importancia del libro -y por consiguiente de la escritura- como vehículo de celebridad (Rousseau, 1964b: 1251), es decir, que implícitamente se admite la permanencia y durabilidad de lo escrito frente a lo efímero de la oralidad. Aunque llama la atención la coincidencia en la idea de que «en ciertos casos hay que seguir el orden retrógrado, y la pronunciación, que debiera siempre regular la ortografía, a

————— 186 —————

menudo se ve reducida a consultarla tan solo» (1964b: 1252), opinión que repetirá Saussure calcadamente, pues en ambos autores la ortografía es concebida como ley superior de representación de la lengua por la escritura y la expresión, por tanto, de un vínculo en el que la lengua, al parecer, se lleva la peor parte.

Saussure no asume la crítica de la ciencia del lenguaje que Rousseau inaugura en 1781, es decir, rompe con el proceso de la Ilustración cuyo cimiento se construye en el siglo XVIII. En cierto sentido, Saussure, al dictar el pensamiento del *Cours de linguistique générale*, se aleja del acontecimiento histórico y dialéctico de los filósofos ilustrados (el primero, su vecino ginebrino Jean-Jacques Rousseau) y arrastra a la lingüística moderna a unos territorios alejados del humanismo contemporáneo que hunden sus raíces en la revolución por las libertades y en la crítica de la modernidad desde el siglo XVIII (Bello, 1997: 20-27). Y así es como aún hoy Rousseau sigue representando «la modernidad como proyecto o modernidad inacabada» (Bello, 1997: 129) porque, tras el esfuerzo -en parte huero- de la lingüística fonocentrista del siglo XX, todavía siguen vigentes un pensamiento y unas ideas gramatológicas que participaron en el nuevo orden que supuso la Ilustración en el siglo XVIII. De algún modo, por tanto, seguimos en nuestros días construyendo el proyecto ilustrado⁷⁶ diseñado por Rousseau en una tarea inacabada cuyos límites últimos desconocemos. Con lo cual el gran proyecto humanístico y verdaderamente moderno de nuestros días sería, efectivamente, recobrar y mantener aquel impulso humanista que hizo posible el avance de la Ilustración siglos atrás, para abrir así el camino de una nueva modernidad en el siglo XXI. Si la Ilustración supuso el estadio más avanzado de las tesis humanistas en toda la historia de la civilización occidental, recuperar y fomentar ahora, en el umbral del siglo XXI, la energía del impulso que se produjo ya en el siglo XVIII, supondría renovar con fuerza la nueva idea del hombre.

————— 187 —————

Referencias bibliográficas

- BELLO, E. (1997). *La aventura de la razón: el pensamiento ilustrado*. Madrid: Akal.
CAMARERO, J. (1998). «De la peinture à l'écriture». En *Propriétés de l'écriture, Op. Cit.* 10, 213-218.

- CRYSTAL, D. (1987). *Enciclopedia del lenguaje de la Universidad de Cambridge*. Madrid: Santillana, 1994.
- DERRIDA, J. (1967). *De la gramatología*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1971.
- DOMÍNGUEZ CAPARRÓS, J., comp. (1997). *Hermenéutica*. Madrid: Arco/Libros.
- LAPACHERIE, J.-G. (1998). «Présentation». En *Propriétés de l'écriture, Op. Cit.* 10, 9-10.
- LLEDÓ, E. (1985). «Literatura y crítica filosófica». En *Métodos de estudio de la obra literaria*, J. M. Díez Borque (coord.), 419-444 y 462-463. Madrid: Taurus.
- PLATÓN (370 a.e.). *Fedro*. Madrid: Gredos, 1988.
- ROUSSEAU, J.-J. (1750). «Discours sur l'origine et les fondements de l'inégalité parmi les hommes». En *Oeuvres complètes III*, 109-237. Paris: Gallimard/Pléiade, 1964a.
- (1761). «Prononciation». En *Oeuvres complètes II*, 124 8-1252. Paris: Gallimard/Pléiade, 1964b.
- (1781). «Essai sur l'origine des langues». En *Oeuvres complètes V*, 371-429. Paris: Gallimard/Pléiade, 1995.
- SAUSSURE, F. de (1907). *Cours de linguistique générale*. Paris: Payot, 1972.
- STAROBINSKI, J. (1971). «Rousseau et l'origine des langues». En *Jean-Jacques Rousseau: la transparence et l'obstacle*, 356-379. Paris: Gallimard.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

